

La clave de la estabilidad seguramente reside en su sorprendente cultura de pacto político. Pacto entre gobierno y oposición, con sucesivas grandes coaliciones entre los dos grandes partidos, que aseguran una gobernabilidad sin fisuras, no solo en el gobierno central, sino también en los *Länder*, donde nos encontramos con coaliciones de todos los colores. La lenta desaparición del bipartidismo imperfecto anterior y su paso a un pentapartidismo —antes de que la AfD tuviera posibilidades de entrar en el Bundestag— no ha tenido ningún efecto sobre la gobernabilidad. Puede que sea el recuerdo de Weimar y la quiebra de aquella débil democracia como consecuencia de las radicales desavenencias entre los partidos, o, simplemente, por el predominio de una política pragmática, el caso es que la predisposición al acuerdo entre partidos es algo que siempre se da por hecho. Incluso ahora que el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) ha dicho que ya no va a formar parte de una próxima gran coalición, es muy posible que al final se muestre dispuesto a entrar en ella si no salieran las cuentas entre la Unión Demócrata Cristiana (CDU) de Merkel y algún otro partido en ascenso, como los liberales del Partido Democrático Libre (FDP), o incluso los Verdes.

Si eso ya es envidiable desde la perspectiva española, lo es aún más el funcionamiento de un sistema federal perfectamente engrasado con grandes dosis de solidaridad interterritorial. La incorporación de la antigua República Democrática Alemana, algo de lo que, por cierto, se habla cada vez menos, probablemente fuera el motor que contribuyó a normalizar un sistema de transferencias territoriales que funciona sin grandes tensiones y con un mecanismo casi automático. Toda disfuncionalidad del sistema de organización de competencias se reestructura sin abrir heridas, como si se tratara de un mero ajuste técnico-administrativo. Sí, admirable, pero es algo que se ha visto favorecido por el hecho de que lo rige un perfecto sistema de ordinalidad en las transferencias —el que paga no pierde su lugar en el ranking de renta per cápita— y no siempre han sido los mismos *Länder* los que más han contribuido. Ahora la riqueza está sobre todo en los del sur, con la excepción de Hamburgo, el más rico con diferencia, pero antes se concentraba en otros lugares.

Con todo, lo más evidente es que todo conflicto político tiende a apaciguarse si, como es el caso, la economía funciona como un tiro, y el mercado de trabajo lo absorbe todo, con una extraordinaria capacidad para crear puestos de trabajo en todos los sectores. Alemania sigue viéndose a sí misma como una nación exportadora, uno de los mayores motivos de orgullo nacional, pero esto es también lo que más conflictos le crea con Europa. Su abultadísimo superávit exterior

no se ve contrarrestado después con un alza de salarios o inversiones públicas, algo que se le reclama constantemente desde Bruselas y el Fondo Monetario Internacional (FMI) para que compense los déficits de los países del sur. Pero los límites de gasto y el temor a la inflación siguen siendo anatema para el policía malo de la política alemana, el ministro de finanzas Wolfgang Schäuble, el azote de Grecia y el guardián de las esencias de la política de austeridad. Si después de las elecciones siguiera en su cargo, algo que ahora mismo no se da por hecho, permanecerá la ausencia de flexibilidad alemana. Aunque es muy posible que esto vaya a cambiar con la recuperación del protagonismo francés y la nueva *entente* Merkel/Macron.

Los mayores quebraderos de cabeza en el interior del país los están produciendo, curiosamente, sus grandes exportadores; en particular la todopoderosa industria del automóvil. El caso del fraude en las emisiones contaminantes en las que se vio envuelto Volkswagen provocó una verdadera sacudida en la autocomprensión alemana, y este mismo fabricante se encuentra ahora mismo en el centro de debate por sus posibles interferencias y apaños con el gobierno de su estado, Baja Sajonia. Otro tanto cabe decir de las otras grandes marcas automovilísticas, cuyas prácticas de conspiración tipo cártel a lo largo de los años noventa han sido ahora desveladas por la prensa. Visto desde nuestra perspectiva, se dirá que son problemas de ricos. De todas formas, lo más envidiable es la práctica ausencia de corrupción, como en otros países protestantes. Una poderosa razón para seguir homenajando a Lutero. —

FERNANDO VALLESPÍN es catedrático de ciencia política de la Universidad Autónoma de Madrid.

El éxito de la mirada extranjera (y la globalización)

PAULA CORROTO

A

LEMANIA INTERESA, pero la Alemania literaria no. Apenas hay traducciones al español de la literatura más reciente del país centroeuropeo. “Y cada vez menos. Aquí se continúa con los clásicos, los Martin Walser o incluso escritores de hace varias décadas que tampoco son tan conocidos”, dice Anna Ballester, responsable

de la biblioteca del Instituto Goethe de Madrid. Los nombres de los escritores que se podrían considerar *recientes* y cuyas novelas sí están en los catálogos de los sellos españoles, como Julia Franck, Daniel Kehlmann o Judith Hermann, “son ya de hace diez o quince años, de principios de los 2000. Y los temas han cambiado”, sostiene Ballester. Porque aquella era la Alemania de Gerhard Schröder, la que aún se regodeaba en la caída del Muro y en la llamada *Ost-algie* o nostalgia de la RDA; y ahora ni hay pasión por el Este —“lo que hay es saturación y una mirada mucho más crítica hacia aquella época”, afirman desde el Instituto Goethe—, e incluso las generaciones más jóvenes apenas recuerdan el Muro. Es más, algunos autores ni siquiera han llegado a conocerlo. La Alemania literaria de Angela Merkel gira en torno a los fenómenos globales que se dan en otras literaturas: debates sobre el feminismo, la provocación, la cultura pop y el yoísmo de los escritores *millennial*. En el género negro, que es uno de los más potentes en este país, las temáticas que más incumben a sus ciudadanos, como el asunto de los refugiados y la exaltación neonazi —el tema nazi nunca se acaba en este país— de partidos como AfD. Pero nada que no exista en los catálogos británicos, estadounidenses o franceses de última hora.

Sin embargo, con cuentagotas sí está llegando a España uno de los fenómenos que vive hoy la literatura alemana: la mirada extranjera. Son novelas escritas por autores nacidos en su mayoría en la que era la órbita oriental, pero que llegaron al país teutón cuando eran niños y, por supuesto, escriben en alemán. En sus novelas todo gira en torno a su proceso de inmigración, adaptación y las raíces familiares. Entre estos nombres destacan Adam Soboczynski (Toruń, Polonia, 1975), en cuyos libros —*El arte de no decir la verdad*, *El libro de los vicios*, ambos en Anagrama— está muy presente la idea de ser polaco en Alemania y el choque con un país capitalista y globalizado; el bosnio Saša Stanišić (Višegrad, 1978) es catalizador de todos aquellos refugiados de la Guerra de los Balcanes y así lo cuenta en *Cómo el soldado repara el gramófono* (Alfaguara), donde aborda la batalla que se vivió en Višegrad; de una de las antiguas repúblicas de la URSS procede Olga Grjasnowa (Azerbaiyán, 1984), que en *A los rusos le gustan los abedules* (Cómplices Editorial) da cuenta de su historia como inmigrante en la voz de una chica rusa testigo de los progromos armenios que se traslada a Alemania; y también está otra exsoviética como Katja Petrowskaja (Ucrania, 1970), quien en *Tal vez Esther* (Adriana Hidalgo) aborda la persecución de los judíos ucranianos en 1941. “Son novelas que se salen más del circuito comercial, y normalmente

suelen ser de autores de la segunda generación de inmigrantes”, comenta Ballester. Y que revelan la historia de un país que desde la Segunda Guerra Mundial se ha construido a través de la inmigración, ya sea la oleada turca, o incluso española de los años sesenta y setenta, y la más novedosa de aquellos que huyeron del bloque oriental y la guerra en la antigua Yugoslavia. Habrá que ver si la llegada ahora de los sirios y otros ciudadanos del mundo musulmán acaba por crear también una corriente literaria.

Como curiosamente sucede en Rusia con sus autores jóvenes, las nuevas generaciones alemanas (o que escriben en alemán) también están explorando la ciencia ficción y el mundo de las distopías. Si bien Alemania es motor económico, no pasa de largo la preocupación por un futuro que quizá ya no se vea tan perfecto como en épocas anteriores. El progreso no es lo que nos vendieron, piensan autores como Cordula Simon, nacida en Graz (Austria) en 1986, que en la novela *Wie man schlafen soll* (una traducción literal sería *Cómo se debe dormir*) recrea un mundo desolado, con una sequía pertinaz, y en el que no hay relación entre las personas. Un futuro bastante tétrico en el que ha desaparecido por completo cualquier atisbo de lo alemán como el mejor de los universos posibles.

El resto de temas de la literatura alemana más reciente tiene poco de novedoso y se equipara a lo que sucede en otras latitudes literarias. Ahí está la nostalgia por los años ochenta y los productos culturales de la época que aparece en novelas como *So, und jetzt kommst du* (*Y ahora vienes tú*), de Arno Frank (Kaiserslautern, 1971), el tono yoísta y provocativo de la narrativa *millennial* de Simon Strauss (Berlín, 1988) en *Sieben Nächte* (*Siete noches*), en la que el protagonista cree que su vida deriva hacia el conformismo y decide llevar hasta el final durante siete noches cada uno de los siete pecados capitales; la cuestión feminista de Ronja Von Rönne (Berlín, 1992) en *Wir kommen* (*Nosotros venimos*), que publicará próximamente Alianza y en la que ataca a las feministas de la primera generación; o la importancia del movimiento *slow* relacionado con el interés por la naturaleza y el medioambiente, que llena colecciones de diferentes editoriales.

Atrás han quedado la literatura del Muro, la de las dos Alemanias, la de la época del Este. La Alemania literaria camina bajo la globalización. Solo falta que sus autores también lleguen al mercado en español. —